

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 147

30
cts.



DOROTHY SEBASTIAN
LLOYD HUGHES

EDICIONES BISTAGNE

**LA NAVE
DEL ODIO**



KING, Louis

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 147

LA NAVE DEL ODIO

Dramático asunto, interpretado por

CHARLES MIDDLETON, LLOYD HUGHES,
DOROTHY SEBASTIAN, etc.

The Deceiver, 1931

Producción Monogram

Es una exclusiva MIER

Distribución para Cataluña, Aragón y Baleares:

Jaime Costa

Consejo de Ciento, 317 BARCELONA

Postal-regalo: ZITA JOHANN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Prohibida la
reproducción



LA NAVE DEL ODIO

Argumento de la película

Oculto en la neblina, el velero "Tiburón" avanzaba hacia Singapur. Era como el buque fantasma de aquellos mares chinos. Dedicado al contrabando, estaba tripulado por desalmados marineros. Su capitán y propietario era conocido con el nombre de "El Capitán Látigo" y era paralítico. Iba siempre en un cochecito de ruedas y tenía junto a él un látigo que esgrimía en muchas ocasiones.

Dentro de un cuerpo desmembrado se ence-

rraba también un alma paralítica. Era un verdadero bárbaro que trataba a la tripulación como en la época de la esclavitud. Casi siempre se hacía obedecer a latigazos, única manera con que imponía el terror a su gente. Hombre de vida canallesca, estaba roído por todos los vicios. Desde la ambición desmedida a una sensualidad temblorosa que ponía fuego en sus ojos.

La tripulación, constituida por gente de todos los países, había sido enrolada en distintos puertos. En cada viaje aumentaba el número de los marineros. Ellos mismos reclutaban a futuras víctimas, presentándoles el barco como el refugio donde se podía huir fácilmente de la ley. Y todos cuantos tenían que ver con la justicia, se procuraban un puesto en el "Tiburón".

A muchos les valiera más estar en presidio. No trabajarían tanto; no habrían de sufrir tan malos tratos por parte de aquel inválido de alma implacable de demonio.

El contramaestre era un hombre astuto, marullero, que juraba una falsa amistad al capitán, pero que envidiaba todas las ventajas que tenía el primer puesto. Le envidiaba su poder de mando, sus buenos manjares condimentados exclusivamente para él, los vinos de su bodega, sus perlas finas... y luego su dinero que le permitía en los puertos de ruta poder adquirir las mujeres más preciadas. ¡Ah, si algún día pudiera sustituirle en el mundo, cómo se aprovecharía él del tiempo no vivido nunca!

Entre los tripulantes, destacando como una sola nota de humildad, había un marinero al que llamaban "El Profesor". Este no se había enrolado como todos los demás para huir de la justicia. Había querido hundirse en la vorágine del barco para huir de sí mismo, de ese terrible perseguidor que es el recuerdo. Su vida había sido de una gran tristeza. Traicionado por su mujer, criatura caprichosa a quien aburrían las interpretaciones filosóficas del marido, vino a ocultar en el "Tiburón" la melancolía de su existencia.

Por fin a media tarde el velero entró en el puerto de Singapur, esta ciudad donde parecen converger todos los detritus humanos. "El Capitán Látigo" se hizo conducir a tierra, en los brazos potentes de un marinero negro, robusto como una encina y pronto a dar la vida por su amo. Acomodado de nuevo en el sillón, ordenó:

—Condúceme al café de la Malaya Moll.

—En seguida, capitán.

Y arrastró el coche hacia uno de los cafetuchos del muelle, seguido de un buen número de sus tripulantes que deseaban probar los buenos vinos que se expendían allí.

Era un café sórdido, igual a los de todos los puertos orientales, donde se bebe, se juega, se fuma opio y se ama como algo maquinal y tedioso.

Allí debía encontrarse "El Capitán Látigo" con un comerciante al que pensaba vender un

lote de perlas, de gran valor, que había conseguido en otro de los puertos.

Amenizaban aquel café varias bailarinas blancas o de raza de mezclas indefinibles, criaturas a quienes seguramente una vida de novela dramática había conducido a recalar en aquel establecimiento inmundo, donde debían soportar las torpes caricias de los clientes.

Entre las danzarinas había una muchacha que destacaba sobre las demás por su gran belleza. Era una criatura tan bonita como desdichada a quien amargas circunstancias de la vida habían conducido al café, ya sin esperanza de salir nunca de él. Era como perla en el fango. Tenía que soportar la odiosa caricia de los parroquianos, que se creían con derecho para todo; pero su alma se conservaba aún pura, sin que nadie consiguiera apresarla.

Aquel café era también donde vivía igualmente gente que tenía que sustraerse a la acción de la ley. Entre los que se encontraban en esta situación figuraba un muchacho llamado Barton Wallace, que había tenido la desgracia de herir gravemente en riña, provocada por su contrario, a cierto sujeto, y que, perseguido por la policía, se había ocultado en este café hasta tanto no mejorasen las cosas.

Pronto una espontánea simpatía unió a Barton con la bailarina, simpatía provocada por la identidad de sus almas en desgracia.

—Usted es distinto de todos, Barton. En usted se puede tener confianza.

—Y por usted admiración.

—¿Se burla?

—Admiración de que en este ambiente tan contaminado conserve un corazón tan limpio, unas ideas tan puras.

—Es lo único que no podrán tomarme. Lo demás es de todos.

—¡Maldita vida!

—Fué cruel para los dos.

Departían largos ratos y les iba afianzando una simpatía cada vez mayor, que acaso con el tiempo se convirtiera en nueva pasión.

Aquella noche, mientras ellos platicaban afectuosamente, entró "El Capitán Látigo" acompañado de su gente.

La presencia de aquel hombre, escoltado por el negro, y con el látigo entre las manos nerviosas, impuso cierto respeto a todos los parroquianos, convencidos de que había llegado un pez gordo al que era preciso respetar.

—Ese es de los que no avisan dos veces.

—Porque la primera vez te tumba para siempre.

—Pues mucho cuidado.

"El Capitán Látigo" arrastrando su cochecito siniestro en cuyo manejo había adquirido una gran agilidad, conversó con el comerciante con quien había convenido de antemano una entrevista.

—Te ofrezco las mejores perlas de Oriente.

—¿De procedencia sospechosa?

—Piensa en su origen y en nada más. Auténticas como las mejores del mundo.

Las examinó y satisfecho del reconocimiento,

concertaron el precio. Hubo un mutuo regateo hasta que, puestos de acuerdo, el capitán entregó las perlas y recibió un buen fajo de billetes de mil dólares.

Estaba satisfecho de la jornada. Pero para terminarla, exigía alguna nueva satisfacción y ésta sólo se la podía proporcionar alguna mujer de cuerpo bonito.

Y de pronto se fijó en la bailarina que platicaba con Barton, y la obligó a presentarse ante él.

La danzarina obedeció tembolorosa mientras Barton de lejos se preguntaba qué terribles intenciones tendría aquel lúbrico y desalmado capitán.

El paralítico acarició torpemente a la doncella, pero ésta aquella noche sentía por todo aquel ambiente mercenario una repugnancia sin límites. Las palabras de Barton la habían conducido a soñar en algo más digno de lo que le rodeaba.

—Déjeme usted.

—¿Por qué tan arisca esta noche? ¿No sabes que tengo poder sobre ti y sobre todo el mundo?

—En cuanto a lo primero se equivoca, capitán. Soy del hombre de quien se me antoja; nunca a la fuerza.

—Pues esta vez la erraste. Porque a la fuerza o no, quiero conocer si eres tan bonita como presumo.

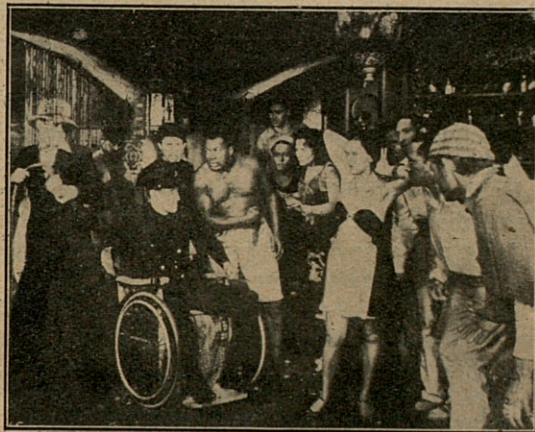
—Apártese y no me toque.

—Ven aquí, gata rabiosa.

Y cogiéndola brutalmente, intentó besarla.

Sintió ella un horror invencible hacia aquel inválido y quiso desprenderse de sus brazos y no lográndolo, le abofeteó. Pero el capitán, rabioso, había esgrimido el látigo y lo iba a descargar contra la carne perfumada e inocente.

También el sirviente negro, armado de un



... había acudido en socorro d esu amo...

puñal, había acudido en socorro de su amo, pronto a romper el corazón de la agresora.

“Látigo” se echó a reír.

—¿Pero es que aquí te has creído que puedes hacer tu voluntad? Eres mía como este dinero que hay aquí.

—¡No!

—¡Ahora lo veremos!

Como si consiguiera fuerzas insospechadas, de nuevo la apresó pretendiendo besarla. Ella dió un grito de espanto y Barton, que había asistido con pena al desarrollo de aquella escena innoble y repetida tantas veces, acudió en auxilio de la muchacha, consiguiendo librarla de las garras del capitán y llevarla a otra habitación no sin tener que luchar intensamente contra los tripulantes que pretendían darle muerte.

El odio más feroz crispó las facciones de "El Capitán Látigo" al verse vencido por aquel desconocido.

Habiendo perdido por su culpa aquella mujer, sintió la necesidad de la venganza. Y dió orden a su gente de que buscaran a Barton por todas partes hasta dar con él.

—Y cuando lo tengáis, sin hablarle de mí, le lleváis a mi barco. Necesito vengarme de ese insolente.

—De acuerdo, capitán.

Y el furioso "Capitán Látigo" volvió a su velero, con la indignación de lo ocurrido, que le había puesto de tal mal humor que se había olvidado de que existían mujeres en el mundo y sólo pensó en pedir al vino un poco de alivio a la derrota.

* * *

Después de haber dejado a la bailarina en sitio seguro, en cierto café donde el ambiente no estaba tan podrido como el del Malaya Moll, el joven se despidió de ella.

—¿Volverás a verme? ¡Te estoy tan agradecida, Barton!

—No sé si volveré. En todo caso, piensa alguna vez en mí.

—Tú eres el único hombre bueno que he encontrado en ese infierno.

—Gracias... pero no debo quedarme más. No estoy seguro en esta ciudad...

—Si vuelves algún día, yo seré tu esclava.

—Tú has nacido para ser libre como yo. ¡Adiós, mujer!

Se despidió de la bailarina. Tal vez ella le amase, pero Barton no podía pensar en ningún cariño. Debía huir porque adivinaba que la persecución sería tenaz. Pero ¿cómo escapar si carecía de dinero, de todo bien de fortuna?

Aquella noche, paseando por el puerto, encontró a dos hombres que trabaron conversación con él, primero acerca de cosas indiferentes, después de algo más interesante.

Eran dos tripulantes de "El Tiburón", pero

callaron esta circunstancia a fin de no infundirle sospechas. Y como Barton ignorase que eran sicarios del temible capitán, pronto se sintió atraído por sus proposiciones.

—Estamos buscando gente sana y útil para nuestro barco.

Barton vió la ocasión de huir.

—¿Vais lejos?

—A América.

—¡Tierra de libertad!

—Y de dinero. Dos cosas que les faltan a muchos.

—A mí.

—¿Has cometido algún delito?

—Herí en riña, y me persiguen... Si pudiera enrolarme...

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Os lo iba a proponer.

—Pareces fuerte. ¿Sabes algo de marino?

—Tengo práctica.

—Pues trato hecho. Ven con nosotros.

Y satisfechos de que le hubiesen cazado de aquella manera tan fácil, los marineros le acompañaron a bordo.

¡Ah! Apenas hubo subido a cubierta se dió cuenta de la traición de que había sido víctima.

Creyó recordar entre los rostros que le atisbaban sonrientes a algunos de los hombres con los que luchó en el cafetín.

—¿Qué barco es éste?

—“El Tiburón”.

—¿El buque fantasma?

—Como quieras llamarle.

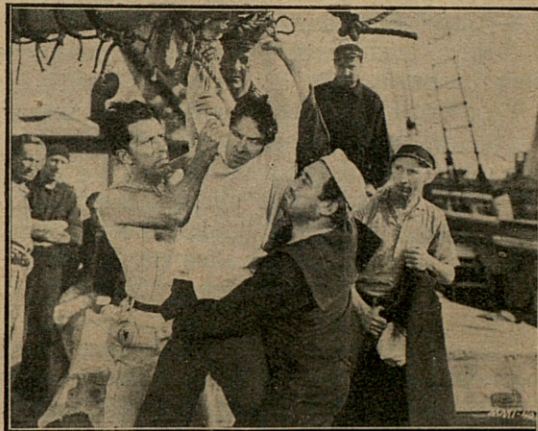
—Dejadme marchar. No quiero más peligros.

—Poco a poco. No es fácil que vuelvas a tierra.

—¿Por qué?

—Porque vamos a zarpar de un momento a otro.

—¡Ah, canallas!



... a una orden del capitán...

Pero la súbita presencia de “El Capitán Lá-tigo” arrastrándose en su cochecito de ruedas, paralizó su actividad.

Una carcajada siniestra estremeció al inválido.

—Conque has caído en el garlito, ¿eh?, protector de doncellas.

—¡Eres un miserable!

—¡Y tú un perro al que haré azotar por haberme quitado una mujer!

—¿A mí? Tú no me conoces aún bien.

Intentó saltar por la borda, pero los marineros se lo impidieron y a una orden del capitán le ataron a un mástil.

—¡Canallas! ¡Canallas!—rugía Barton.

—No te enfades, porque de todos modos no tienes remedio. Voy a castigar tu osadía.

Y ordenó que le azotasen despiadadamente, y aquellos energúmenos lo hicieron hasta ver caer casi desvanecido al infeliz.

—Ahora llevadle a la bodega. Después será un tripulante más. Es valiente el muchacho... y en mi barco necesito valientes.

—Y si protesta lo echamos de cabeza al agua.

Fué conducido Barton a la bodega y allí permaneció varias horas, desvanecido, a causa de los golpes que, como dardos ardientes, habían atravesado su piel.

* * *

El velero estaba ya en alta mar. Barton no podía escapar; tenía que resignarse a ser un muchacho más de la tripulación. Había sido

sacado del calabozo, pero se le daban las tareas más duras y penosas.

Resignándose interinamente a su suerte, deseando huir tan pronto como llegasen a un puerto, el pobre Barton debía soportar las humillaciones de "El Capitán Látigo".

Pronto Barton simpatizó con "El Profesor", el pobre filósofo condenado igualmente a aquella existencia de galeote. Y con la afinidad de la desgracia, se hicieron muy amigos, buscando en sus mutuas confesiones, un alivio a la tristeza de la vida.

—¿No tienes deseos de escapar?

—No. Barton. Es imposible. Cuando llegamos a puerto, no me dejan nunca desembarcar, y a ti te pasará lo mismo.

—Prefiero la muerte. Intentaré huir.

—No podrás. Y si huyes, ¿qué va a ser de ti? Eres como yo, que no tenemos a nadie. Ni una mano amiga, ni una casa donde cobijarnos, ni un pedazo de pan nuestro que llevarnos a la boca. Es como si no estuviésemos en nuestro mundo, ¿verdad? Somos como hijos de la muerte.

—¡No... no!...

—¡Ya lo creo! Yo siento a veces que la muerte ronda, que me acecha, que me mira... con unos ojos fascinadores... implacables.

—Tal vez sería mejor. Descansar...

—Pero tú eres joven aún... y quién sabe... acaso pudieras encontrar todo eso de que careces. Yo no. Mi alma sólo anhela huir y quedar en un sitio donde no se piense nada, don-

de no haya recuerdos, donde a uno no le atormente el ayer.

—¡Pobre amigo!

Le contó "El Profesor" la traición de la mujer amada, su dolor al comprobar que el ser al que adoraba sólo era cieno e inmundicia.

Barton le oía con interés, con piedad. Era la única nota que ponía un poco de tranquilidad a su alma perturbada por aquel mundo, por aquella nave del odio donde se obedecía a latigazos y la tripulación andaba sombría y recelosa, como pronta a descargar su furor contra el que mandaba.

Hacia tiempo que se incubaba un espíritu de sublevación, de agitación profunda ante las cada vez más crueles disposiciones del capitán. El contramaestre, con su astucia de traidor, procuraba ir alimentando con frases venenosas esa corriente de odio. Pensaba en el día propicio en que pudiera sacar de su mando al capitán y erigirse él en jefe supremo teniendo a su disposición los buenos vinos de la bodega.

* * *

Cierta tarde, el velero "Tiburón", a causa de la densa niebla, vino a chocar contra un yate, partiéndolo en pedazos y haciendo naufragar a toda la tripulación.

Con aquel espíritu de crueldad tan suyo, "El Capitán Látigo" no quiso prestar auxilio a los que habían zozobrado, importándole poco que se hundiesen o no. Para él una vida humana no tenía importancia alguna; perderla era un enemigo menos.

De aquellos sentimientos de barbarie participaba todo el resto de la tripulación con excepción de "El Profesor" y de Barton.

Este último, descubrió horrorizado que luchando bravamente con las olas se destacaba como una figura de mujer, y desoyendo las voces del capitán se lanzó por la borda con ánimo de salvarla.

Durante unos minutos desapareció entre el oleaje, pero pronto se le vió reaparecer, llevando en brazos a una mujer joven.

"El Capitán Látigo" a la vista de una criatura femenina, se humanizó por su cuenta y razón.

¡Una mujer! ¡Y no había ninguna a bordo! ¡Y su alma de sátiro sintió como un estremecimiento!

Dió orden de que se bajase una lancha, y poco después Barton volvía a bordo en compañía de una bellísima mujer y de un hombre joven.

Eran Norman Walsh y su esposa Grace, que efectuaban un viaje de luna de miel en un yate de su propiedad. Toda la tripulación acababa de perecer, y únicamente ellos, gracias a la pericia de Barton, habían podido ser puestos en salvo.

Ante la presencia de aquella bellísima mujer, toda una gran señora de la categoría de las que el capitán no conocía, éste fingió humanizarse y quiso simular una grata sonrisa.

—¡Cuánto siento lo ocurrido, señora!

—No ha podido evitarse. La terrible niebla...

—Lamento que mi barco no les pueda proporcionar las comodidades que tenían en el suyo.

—De todos modos hemos de darle las gracias por habernos salvado... ¡Gracias, joven!

Y sonrió a Barton que sintió como si aquella sonrisa le iluminara también el alma.

—¡A ver!—ordenó el capitán—. Traed los mejores vinos y preparad el mejor camarote.

Tuvo para Grace exquisitas atenciones y prescindió en cambio por completo del marido, hombre egoísta, de alma un poco dura, que pronto se dió cuenta de que se encontraba en un barco que podía llamarse de piratas.

A pesar de las precauciones que el capitán tomaba para hacer menos patente su acostumbrado espíritu de crueldad, ni a Walsh ni a su mujer se les escapó la certidumbre de que se encontraban entre gente peligrosa, de la que todo debía temerse.

Grace no perdió la serenidad y se mostraba correcta con todo el mundo, especialmente con el capitán, cuya amabilidad se hacía pegajosa y daba lugar a fuertes sospechas.

A medida que pasaba el tiempo, el capitán experimentaba una pasión morbosa y vehementemente por aquella mujer. Eso sí que era una

hija de Eva, y no aquellas criaturas medio enfermas de los puertos que cuando daban amor expelían como un hálito funeral. Esta mujer olía a rosas, vendía salud... era dulce... tenía en el mirar algo que impresionaba al bruto.

Parecía ella sospechar lo que ocurría por el alma del capitán, y asustada, hablaba muchas veces con Barton, el hombre que la había salvado y que pronto adivinó que era distinto de todos los demás.

Un día y en ocasión en que había estado departiendo junto al timón con aquel joven que sentía por ella una respetuosa admiración, que nunca se atrevería a manifestar, su esposo la riñó severamente.

—Parece que te ha entrado por el ojo derecho ese salvador tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no soy tan tonto y veo bien las cosas.

—¡Te equivocas! Es simplemente un amigo. ¡Sabes bien que no puede ser otra cosa!

—Pierdes el tiempo, que deberías aprovechar en otras cosas.

—¿En qué?

—En ser más amable con el capitán.

—¿Cómo? ¿Tú me aconsejas?

—Yo sólo te prevengo que esto es como un barco pirata y que hay que tener satisfecho al capitán.

—Eres imposible. ¿Crees acaso que yo...?

—No te pido un verdadero sacrificio, pero adivino que el capitán se ha enamorado de ti...

y conviene que procures dar largas al asunto, pero sin quitarle la esperanza.

—¡Dios mío!... ¡Esto es monstruoso! ¿Y tú me quieres?

—¿Por qué no? Pero se trata de salvarnos... y en la guerra hay que obrar como en la guerra.

Y aquel gran egoísta que no vacilaba en exponer el honor de su esposa, se alejó satisfecho de sus consejos.

Quedó profundamente apenada por aquellas palabras, por aquella manera de comportarse. ¡Ah, cómo se había equivocado ella en aquel matrimonio! Casada por los consejos de su familia, su marido, por quien nunca había sentido una verdadera pasión, le resultaba un ser que sólo pensaba en sí mismo y que para salvarse era capaz de apelar a todo.

Pero hay cosas que significan más que la propia vida y Grace no podía olvidarlo. Jamás ella daría la menor esperanza al capitán. Se mostraría cortés, bondadoso con él, pero rechazándole tan pronto él quisiera pasar de los límites de la corrección.

La pasión que el brutal paralítico sentía por aquella mujer, se exacerbaba. Viéndola cerca sentía el ferviente anhelo de hacerla suya, y sabía que sus anhelos nadie se resistía a cumplirlos. ¿Por qué ella le debía rechazar?

La presencia de Grace, de una mujer, en un ambiente hosco de hombres, pareció acabar de perturbar a todos los tripulantes, inyectándoles con mayor viveza el espíritu de rebelión.

El contramaestre seguía azuzando a todas

aquellas fieras. Ya para él el mando del barco significaba no sólo la autoridad y el no estar sometido a ningún tirano, no sólo las abundantes comidas de la despensa y los ardientes vinos encerrados en el armario, sino que significaba también la posesión de aquella mujer blanca.

Una noche, el capitán cenó en compañía del matrimonio. La comida y los vinos hacían arder la sangre de aquel miserable que se propuso con desfachatez sin igual declarar a Grace la pasión que le inspiraba.

De buenas a primeras alejó al marido de allí.

—Haga el favor de salir. Tengo que hablar algo con su esposa.

—¿No puedo estar yo presente?

—¿No le he dicho que se vaya? ¿O es que quiere que le arroje por la borda?

—No me dejes, por favor—suspiró ella, atemorizada.

—Nada ha de temer conmigo, señora.

Y el marido, incapaz de un acto de nobleza ni de valentía, salió, dejando a la pobre Grace en poder de aquel bárbaro.

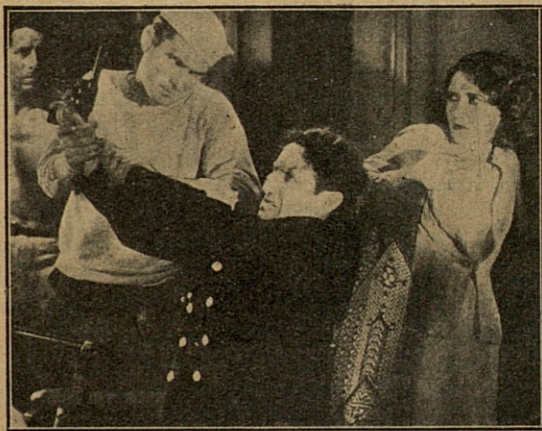
Ella, procurando mostrarse amable dentro de un terreno de prudente cortesía, le indicó:

—¿Qué quiere decirme?

—¿Es que no lo adivinas? ¿Es que no estás viendo que te estoy deseando desde que subiste al barco?

—¿Cómo se atreve a hablar así? ¿Olvida el respeto que me debe?

—No puedo olvidar que eres una mujer hermosa... Mira, a mí, tal como me ves, enfermo y viejo, me han gustado enormemente las mujeres. Pero no he encontrado ninguna como tú, que tuviese ese algo que tienes tú y que me enloquece... Mira, te quiero... Si eres mía... serás la dueña del barco y tu voluntad será la que impere.

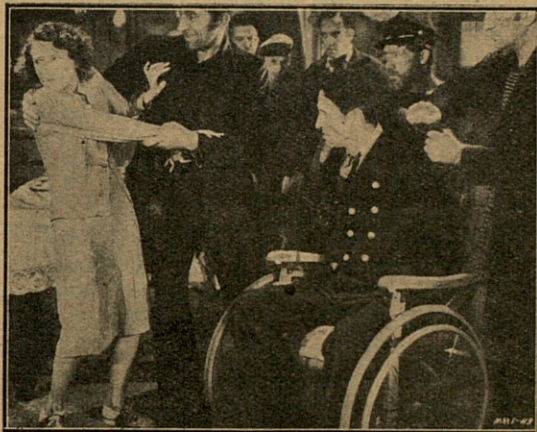


... consiguió desarmarle...

- No... Nunca podría faltar a mis deberes.
- Tu marido es un imbécil.
- Usted no está llamado a juzgarle.
- Grace, no seas tonta.

La ciñó entre sus brazos que parecían adquirir una fuerza insospechada y la besó.

Ella empezó a gritar pidiendo socorro, y Barton, que rondaba por las cercanías, temeroso siempre de que peligrara la honra de aquella hermosa mujer, entró en la estancia y libró a Grace de las iras feroces y de la pasión violenta de "El Capitán Látigo".



—... de orden de "El Capitán Látigo"...

—¡Perro! ¡Voy a darte tu merecido!
Esgrimió el tullido un revólver, pero Barton consiguió desarmarle...

Más al rumor de la lucha habían acudido el negro fiel y otros tripulantes, quienes apresaron a Barton y de orden del capitán se lo llevaron de allí.

Le apalearon rudamente, con el anhelo fe-

roz de descargar en alguien sus ansias de desquite.

Entretanto, Grace, de orden de "El Capitán Látego", era encerrada en una habitación, con el alma henchida de terror, pensando en lo que sucedía y en lo que podían traerle aún los largos días que debían faltar para llegar a puerto.

* * *

Norman Walsh, dominado por el pánico más espantoso, buscó el modo de huir de aquel barco, sin importarle en lo más mínimo, con el ansia brutal de ¡sálvese quién pueda!, dejar allí abandonada a las acechanzas de toda aquella gente criminal a su pobre esposa.

Había averiguado que en el barco existían cohetes luminosos para pedir auxilio. Tras de una larga busca consiguió dar con el sitio donde aquéllos se hallaban y se dispuso a encenderlos con el deseo de que, de algún lugar u otro, viesen aquella angustiada demanda de socorro.

Pero fué descubierto por el cabecilla rebelde y arrojado al mar.

Se oyó un terrible grito, por un momento flotó un cuerpo en la superficie, pero luego las olas tragarón para siempre a aquel gran cobarde.

Sin embargo, no habían terminado todavía los acontecimientos en la nave.

El contraatastre, excitado por la presencia de Grace en el velero, pensó en la alegría de hacerla suya, máxime ahora en que el marido había muerto.

Se puso inmediatamente de acuerdo con los tripulantes, los cuales, con excepción del negro, de "El Profesor", de otro marinero, y, naturalmente, de Barton, le ofrecieron apoyo.

Todos deseaban acabar con aquella bárbara disciplina que les tiranizaba, que les hacía sus esclavos. Y a una orden del contraatastre, provocaron un tumulto y apresaron al capitán sin que éste pudiera en aquel instante valerse de su látigo.

La refriega duró largo rato, pues los fieles leales al capitán se defendieron bravamente. Pero, finalmente, tuvieron todos que sucumbir ante la fuerza del número.

Se reían burlonamente de "El Capitán Látego", llenándole de los más exaltados insultos. Era la venganza de los de abajo al apresar al tirano insostenible que creyó que el mundo no podía dar una vuelta.

—¡Perros traidores! ¡Ay si alguna vez vuelvo a levantar el brazo!

—Ya nunca más. Te tenemos a buen recaudo—le dijo el contraatastre riendo.

—Y tú el más traidor de todos.

—Aprendí de ti. Te voy a colgar muy alto para que sirvas de pasto a los cuervos... si es que no hacen ascos de tu carne.

—¡Maldito!

Pero sin que pudiera realizar el menor intento de defensa, lo ataron fuertemente y lo izaron por el palo mayor, colgándolo de la punta del mástil.

Mascullaba desde lo alto terribles maldiciones a tiempo que sentía dislocado todo su cuerpo ante la violenta y tirante posición que rompía sus miembros.

Los marineros rieron y bailaron como locos, viéndose ya dueños de la nave.

Luego pensaron en beber, en poder probar todos aquellas bebidas que hasta entonces habían sido del dominio exclusivo del capitán.

Y entraron en la bodega, comenzando a descorchar botellas entre un griterío ensordecedor.

Horas de cánticos, de juerga innoble, de blasfemias, de olor bravío que evocaban cuadros de la piratería antigua celebrando un festín de victoria. Y allá, en lo alto, como una bandera macabra, el capitán balanceándose al viento.

Barton había podido librarse de sus ataduras y en unión de "El Profesor", su buen amigo, aguardaba con espanto las consecuencias de aquellas extraordinarias borracheras.

Barruntaba terribles peligros para Grace, esta mujer que era para su corazón lo que la bandera de la patria para un buen soldado. Y pronto se convenció de que no andaba desencaminado al suponer que todavía debían acontecer hechos terribles.

El contraмаestre, encendido por el vino, se acordó entonces de que en el barco llevaban algo que valía más que todas aquellas bebidas: una hermosa mujer. Y avanzó hacia el cuarto de ella.

Había conseguido ya derribar la puerta y se disponía a hacer suya a Grace cuando llegó Barton que sostuvo con él una implacable lucha, consiguiendo desarmarle y dejarle casi fuera de combate.

Con su dulce presa en brazos salió a cubierta y rápidamente tomó una determinación.

Un tripulante había descubierto que el contraмаestre había sido herido y se disponía a arrojarle contra Barton, para darle una muerte cruel. Era una fiera que acechaba su presa con satánica brutalidad.

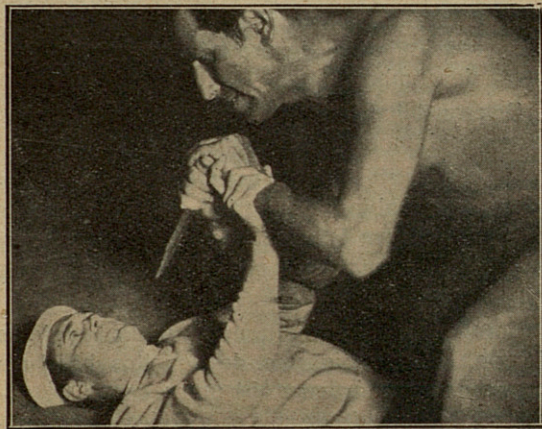
Comprendió Barton que no podía perderse tiempo... y que ninguno de aquellos hombres obedecería sus órdenes. El único capaz de poner paz, de exigir de nuevo a todos el cumplimiento de una estricta disciplina, era el feroz "Capitán Látigo".

Y se dispuso a decolgarlo, encaminándose rápidamente hacia el mástil, mientras Grace se encerraba en una de las cámaras con el terror de lo que podía pasar.

Un marinero, una verdadera bestia humana, entabló terrible lucha con él. Mas por fortuna, Barton pudo librarse de su puñal asesino y salir victorioso, consiguiendo librar a "El Capitán Látigo" de sus ataduras y hacerle sen-

tar en un sillón donde revólver en mano, reviviendo en él el hombre férreo e indomable, conseguiría vencer a la tripulación amotinada, cuando ésta reaccionase de su borrachera.

"El Profesor" resultó herido en defensa de su amigo Barton, terminando de esta manera



... entabló terrible lucha con él...

su vida triste. Cayó también el negro leal.

Uno de los marineros que se había mantenido fiel a Barton, descolgó una lancha para Grace y Barton, y les invitó a subir en ella y alejarse de aquel barco maldito.

"El Capitán Látigo" se sentía desfallecer. Le habían herido en la contienda y tenía además en el corazón la herida de su amor pro-

pio humillado. Vió sin inmutarse como Barton se preparaba para marchar en compañía de Grace. Y el odio que al principio había sentido contra ellos desapareció para dejar paso a la admiración que le causaba aquel hombre valiente, que le había librado de las ataduras.

Les dejó ir, dispuesto a no abandonar el barco. Barton le rogó que se fuese con ellos, pues hombre generoso, olvidaba las ofensas para pensar sólo en la situación del capitán que quedaría entre malvados, que de nuevo podrían arrojarse contra él.

Pero él se negó rotundamente. Una sonrisa triste, de cruel dolor, se retrató en sus facciones.

—¡Marchaos vosotros!—dijo—. Merecéis la libertad. Tú eres com una águila y yo no puedo someter a las águilas, Barton.

—Hay un puesto para ti.

—No. Aquí me quedo. Con mi barco, con mi "Tiburón". Soy su capitán, ¿entendéis?, y yo, yo solo, guiaré la nave.

—Pero si estáis herido. No podréis.

—Podré, podré. Marchad vosotros. Yo quedaré con mi gente... con mi barco fantasma.

Barton y su amiga saltaron a tierra. Esta lloraba como una niña, enfermo su organismo ante tantas emociones.

Quedó el capitán, amo, señor, dueño del barco.

Arrastróse penosamente hacia el timón y para sostenerse en pie ató las muñecas a la rueda.

Pero pronto fué perdiendo las fuerzas y su corazón cesó de latir al cabo de pocos momentos.

La nave del odio iba a la deriva. Con el cadáver de su feroz capitán colgado de la rueda, "El Tiburón" volvió su proa hacia las rocas y se estrelló finalmente contra unos arrecifes.

Y la pareja, Barton y ella, salvados por un barco que pasó poco después, viéronse libres al fin de tanta pesadilla. Tras ella vendría una época más feliz; pues ya sus corazones musitaban lo que sus labios no habían dicho aún; que eran el uno para el otro.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas
Ediciones Especiales de L. N. S. C.,
con éxito sin precedentes:

• El acontecimiento del año

La película de las estrellas

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en

GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones. Precio el de costumbre: **1 peseta**

Primavera en Otoño

por Catalina Bárcena

— y —

El hijo del destino

por Ramón Navarro

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TÍTULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 30 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
